

LITERATURA / JAVIER FERNÁNDEZ RUBIO

El periodista, a propósito del libro de Víctor del Río, cree que el mundo debería definirse sobre todo en función de las interpretaciones de la realidad y su verosimilitud

'Factografía' y mass media

● TRIBUNA

Reconozco que no conocía el movimiento factográfico y, una vez leído el espléndido libro de Víctor, me he dado cuenta de dos cosas: que no hay nada nuevo bajo el sol y que la historia de la Factografía es la historia de un fracaso.

Este libro de Víctor del Río, tan bien editado por Abada, tiene un sustrato melancólico como lo tienen todas aquellas empresas idealistas que están abocadas al fracaso. Porque idealista es pensar una nueva formulación del reflejo de la realidad, bajo un prisma social y socialista, bucear en las raíces de la objetividad, y acabar siendo pasto de la manipulación ideológico como ocurrió con la Factografía soviética durante la época de Stalin.

Pienso en la década de los años 20, una época traumática en donde todo estaba por hacer y aún cabía la posibilidad de cambiar radicalmente el mundo. Dos hechos, la Revolución política y la Revolución de las Artes, en sí ambas parte de la misma Revolución, confluyen en el tiempo aunque no en intereses. Liberar al hombre conduce, por esos caminos torcidos en aras a un objetivo idealizado, como recogía Arthur Koestler en su *Espartaco*, a una esclavitud. Y esto es la Factografía, la historia de un ideal desecho por el pragmatismo estaliniano.

Cuando alguien lee un libro, lo hace desde su propio punto de vista. Esta es una verdad de Perogrullo, aunque en mi caso me justifica. No soy un especialista en Arte, pero he trabajado en medios de comunicación y ha sido inevitable leer el libro de Víctor desde la perspectiva de la información, la objetividad –siempre un

ideal al que aproximarse pero que nunca se alcanza–, su representación, la interpretación y hasta la manipulación descartada.

Factografía habla de un fenómeno vigente. El mundo hoy sigue definiéndose como un mundo de libertad y verdad, aunque más bien debiera hacerlo de interpretación y verosimilitud, pero en el germen de todo medio de comunicación estalla esa contradicción: la aspiración de decir *esto es lo que hay* al lector, al oyente, al espectador; y la interpretación, inevitable y exenta muchas de las veces de juicios de valor, de lo que se transmite. No ocurre sólo con los *mass media*, ocurre también con la educación, en donde la escuela más que una institución de conocimiento es una institución de reconocimiento y socialización a unos valores instituidos. Como se ve, no es algo nuevo.

En los años veinte el cine, la fotografía, las nuevas disciplinas icónicas aún estaban encontrando su camino. El cine y la imagen en general, con sus códigos ahora asumidos por el ciudadano, no son una casualidad fortuita en cuanto a lenguaje narrativo. Se puede narrar y documentar de muchas formas, pero el arquetipo clásico en el que hoy nos reconocemos es el resultado de las luchas de poder en la Historia. Que Griffith triunfara sobre Einstein no es más que el triunfo del Capitalismo sobre el Socialismo y que las vanguardias acabaran sepultadas bajo la Factografía, y ésta a su vez bajo la propaganda política, fueron el resultado del poder de los Soviets y de la ideología comunista que se ramificó también por el campo de las artes.

Factografía es la *ingeniería del alma*, cuya pretensión era acabar con la autoría y otorgar el protagonismo de la creación a

las masas sociales, sin mediación alguna. Ese fue el anhelo de acabar con la interpretación burguesa de la realidad, devolvérsela a la sociedad y construir un nuevo discurso, objetivo, espartano, con códigos nuevos, que hiciera a los hombres más libres al acercarlos al conocimiento verídico de lo que sucede.

Pero ese anhelo era ideológico y cayó bajo el peso de la ideología. Que, en un ejercicio de pragmatismo revolucionario y bajo las presiones del comisariado político y cultural, la Factografía acabara en la manipulación del presente y el pasado en aras a la Revolución sólo mediaron unos pocos años. Pero un hubo un interregno libre en que la relación entre arte, comunicación y sociedad estaba redefiniéndose. Ese breve espacio de debate y praxis fue la Factografía. Y como en los sueños, el despertar fac-

tográfico fue la deformación estalinista.

Hoy, con más contrapesos y diversidad de medios, la construcción de lo real, parte fundamental en la construcción de la libertad del individuo, ha de luchar continuamente con un aparato, ya no centralizado, que mastica la realidad para reconducirla. Es condición ética del ciudadano despertar su conciencia crítica, darse con los hechos auténticamente objetivos, auténticamente factográficos, y re-interpretar lo que ocurre a su propio criterio, desde la consideración de que nada es cierto al 100 por 100 como nos lo cuentan. La Factografía fue una Utopía que acabó en Distopía, la cual, evolucionada, aún sigue vigente.

Factografía es obra de Víctor del Río, publicada por la editorial Abada.